

WENCESLAO DUTREM DOMINGUEZ

Acaba de morir un hombre de bien. Médico y profesor fundador de nuestra Escuela. Wenceslao Dutrem —familiarmente "Lao"— Había nacido en Barcelona, España, pero pasó su infancia en el corazón del Pirineo, en el majestuoso e imponente valle de Arán. Allí vivió, se familiarizó completamente y comulgó con la naturaleza —las piedras, las aguas que caen y los animales que en la alta montaña parecen vivir más lenta, más pausadamente que en llanos y ciudades—. Todavía le brillaban los ojos al recordar sus aventuras de muchacho por los montes donde nacen ríos que van a morir lejos, unos en España, otros en Francia. Montes casi todo el año cubiertos de nieve, agrestes, solitarios, broncos. Allí se formó el carácter y se robusteció la inteligencia del pequeño Lao. Allí había de fraguarse y enriquecerse la recia personalidad del hombre muy bien dotado, abierto a todas las ideas, lleno de inquietudes y aspiraciones que era Wenceslao Dutrem.

Para sus estudios pasó a Barcelona, donde no se limitó a iniciar una carrera: con un año de diferencia acabó los estudios de farmacéutico (la profesión de su señor padre) y de médico. Es difícil tener una idea del esfuerzo que significaba por aquellos entonces estudiar en dos facultades de Barcelona, donde tanto era lo que se exigía, y en tan diversas materias. Pero no paraba aquí su inquietud: robando tiempo a sus estudios, lo tenía para asistir como ayudante a diversos laboratorios y clínicas, como los del inolvidable profesor Bellido, de Pedro Pons y de otros —siempre eligiendo los mejores maestros que, ante todo, valoraban el esfuerzo y el tesón para estudiar.

Esta capacidad de trabajo y la extraordinaria inquietud y deseo de saber, de comprender, que iluminaron toda su vida, no menguaron ni durante los tiempos de destierro en Francia —que aprovechó para especializarse en paludismo, nutrición y patología digestiva (profesores Villaret, Besanzon y otros en París).

En México —su segunda patria después de la Cataluña natal— fue profesor fundador de nuestra Escuela, en los tiempos del bien recordado profesor Diódoro Antúnez. La época de las dificultades, del salón 45, del difícil desarrollo de una institución que tenía más enemigos que colaboradores. Bajo el amparo de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, en la naciente escuela de Medicina, el doctor Dutrem inauguró la cátedra de Patología Médica, primer curso.

Fundó un laboratorio de especialidades farmacéuticas donde se trabajaba muy seriamente; no sólo se brindaban a los médicos de la República productos de calidad, también se cultivaba la investigación y se estaba al corriente de todas las novedades en industrias y universidades de muy di-

versos países. Recordamos con emoción su entusiasmo por fomentar el empleo de la vitamina B₁₂ y derivados, que estudiaba con vehemente cariño; los estudios sobre alergia, y tantos otros.

Todas estas actividades profesionales, docentes y comerciales, no apagaban su vida interior; atendía con cariño, con lealtad, al enriquecimiento de sus convicciones humanas y políticas. Lector infatigable, abierto a todos los acontecimientos mundiales, a las corrientes del pensamiento, no sabía ocultar sus entusiasmos juveniles cuando su ya quebrantada salud le imponía grandes limitaciones.

Para quienes tuvimos la suerte de ser sus amigos tenía siempre una anécdota, una palabra, un gesto de consejo, de ayuda —moral y material si procedía— y poseía el difícil arte de escuchar y tratar de asimilar ideas que no eran las suyas, mejor que discutir las estérilmente. El espíritu de las viejas charlas de café, de Cajal, se respiraba cuando unos amigos nos sentábamos alrededor de su mesa para comentar de lo humano y lo divino. El conocimiento de varias lenguas, la extraordinaria cultura escondida bajo un manto de prudencia y modestia, sus andanzas por el vasto mundo, hacían de él un ser de calidad extraordinaria —algo que, como dijera el filósofo, sólo se logra con años, luchas, quebrantos y tesón.

Murió el profesor Dutrem. Hombre franco, inteligente, abierto, de inquietudes eternas, de nobles desacuerdos y —por encima de todo— de una rica, jugosa, noble humanidad. La Escuela y quienes tuvimos el privilegio de su amistad lo recordamos con profundo respeto y afecto.